EL PAMPERO
a m e r i c a n o

Hijo audaz de la llanura
Y guardián de nuestro cielo,
Que arrebatas en tu vuelo
Cuanto empaña su hermosura...

Nº 16 | Buenos Aires - octubre de 2007 | $ 5

POLITICA Y CULTURA EN ESTE NUMERO

Ya en nuestros comienzos, setiembre de 1999, mencionábamos el riesgo del *reduccionismo* religioso-cultural, sostén de la *global-invasión* dispuesta a quedarse con los Estados y naciones, con sus bienes y sus tierras, con nuestros pueblos y almas. Y a la iglesia romana, enteramente subsumida desde el último concilio en la apostasía judeo-cristiana, como vehículo el más persuasivo para la expansión de reduccionismo semejante.

A lo largo de estos ocho años devastadores, nuestras páginas no temieron por eso incursionar por delicados vericuetos religiosos, doctrinales, pedagógicos. Una premisa nos guió: pensar es combatir, no un elegante modo cultural de evitar el combate. Pero esta tesitura no nos limitó a la pura consideración crítica. El Evangelio o los padres de la Iglesia; grandes novelistas y poetas, en especial de nuestra lengua; singulares músicos y pintores o nobles intérpretes de la Antigüedad clásica y cristiana, equilibraron ocasionalmente las asperezas del combate, orientándolo con sus modelos sublimes. Aunque nuestra atención se dirigiera preferentemente hacia la proyección geopolítica de tales trasfondos, en particular sobre América románica.

Sólo que el enemigo mundialista, sea en sus variantes uni- o multi-polar, sea en las poderosas redes institucionales o reservadas por donde circulan sus designios, destructores o constructivos, pero invariablemente tiránicos; ese enemigo ha decido últimamente permitir, en nuestra América al menos, alguna iniciativa soberana en el terreno político-económico, a cambio siempre de conservar el control educativo más férreo. La revolución cultural es entonces el camino preferido por la guerra semántica para acabar, en medio de terribles tensiones, con las virtudes ancestrales de nuestros pueblos y los empeños institucionales que en alguna medida las encauzaron. Los que gobiernan podrán urdir pues acuerdos o iniciativas económicas y geo-estratégicas que permitan algún alivio a nuestras hostilizadas naciones. Siempre y cuando la ética rastacuera de los derechos humanos y la no discriminación, como en Argentina; el indigenismo o el privilegio secesionistas, como en Bolivia; el socialismo pretendidamente novedoso y restrictivo, como en Venezuela, o la mediocridad liviana y el marketing religiosamente voraz, como en todos lados, constituyan el horizonte formativo excluyente para las nuevas generaciones.

De allí que en esta entrega el lugar principal sea para un artículo sobre Américo Castro y su pensar acerca de España, con sus raíces religiosas, culturales, raciales y políticas, o con sus logros y sus crisis, inevitablemente trasladados por ella a nuestras tierras y empeños. Y para una página del maestro Azorín a propósito de esa crisis precisamente. He allí graves modelos de pensar que, convenientemente meditados, pueden hacernos entender, por comparación, la pavorosa miseria de todo lo que hoy en América y Argentina se entiende por cultura y pedagogía, callejón sin salida hacia el que las sucesivas e innumerables reformas educativas inevitablemente nos conducen.

Las consideraciones de M. D. sobre la integración sudamericana ante las exigencias de la multipolaridad, y las de Francisco de la Torre sobre la situación ecuatoriana equilibran sin embargo el panorama, para que las cenizas de quienes murieron fieles a la esperanza de una patria americana soberana y justa puedan seguirnos sosteniendo.

La dirección

MODELOS DE INTEGRACIÓN EN EL ESQUEMA MULTIPOLAR

Ciertos acontecimientos de los últimos meses tensionaron el proyecto de un Mercosur incluyente de Venezuela y congelaron por ahora la Comunidad Sudamericana de Naciones. En ellos se perfilan distintos modelos, sea para afrontar el nuevo esquema multipolar, probable reemplazante del modelo mundialista uni-hegemónico, sea para ingresar más o menos dócilmente en él.

La tensión fundamental afecta a Venezuela y Brasil. Argentina, inteligentemente quizás, no adhirió a ninguno de los dos ni fue tampoco meramente pasiva; siendo entre ellos el de menor margen de maniobra internacional, no dejó de tender puentes entre Caracas y Brasilia ni de intentar la ampliación de ese margen, en Latinoamerica al menos, con el tratado de seguridad energética con Venezuela y Bolivia o con el viaje de nuestro presidente a México y el correspondiente tratado de asociación estratégica.

Dos giras: hidrocarburos y biocombustibles

La tensión aludida trasunta en dos giras latinoamericanas, prácticamente simultáneas, realizadas hace poco por los presidentes Da Silva y Chávez: uno por México, Honduras, Nicaragua, Panamá y Jamaica; otro por Argentina, Uruguay, Ecuador y Bolivia. Ambas parecieron restringirse a lo económico, pero tienen indudable proyección geopolítica para dar a cualquier intento de soberanía política o justicia social una base material como para que la unidad sudamericana no quede en pura ficción.

Lula intentó promover acuerdos sobre biocombustibles, tras la gira de Bush en marzo con el mismo propósito por varios países latinomericanos y la consecuente asociación estratégica entre Washington y Brasilia para promover y controlar la producción y comercialización de etanol y biodiesel a escala mundial. No descuidó sin embargo impulsar acuerdos entre Pemex (petrolera estatal de México) y Petrobrás para explotar hidrocarburos en el Golfo de México. Pero apuntó sobre todo a acordar con México y América Central la producción y exportación de etanol a EE.UU., aprovechando los tratados de libre comercio de estas naciones con Washington. Ellas proveen así tierra y mano de obra y Brasil, potencia emergente, tecnología y capitales, para los que logra acceso al enorme mercado yanqui. No por nada Lula le señaló al presidente mexicano que "juntos podemos ser una potencia económica mundial". Contra la gravitación actual de algunos grandes exportadores de hidrocarburos (Rusia, Irán, Venezuela), se dibuja así esta *geopolítica de los biocombustibles*.

La gira de Chávez apuntó por su parte a consolidar sus acuerdos energéticos sudamericanos, particularmente con Argentina, Bolivia y Ecuador, aunque también los tenga con Brasil, y significativos. Con esta *geopolítica de los hidrocarburos* contrapesa Venezuela la indiscutible gravitación brasileña. Acordó por eso con Argentina la construcción de una planta regasificadora de gas licuado venezolano, para sustituir sin duda el posible aporte del mega-gasoducto del sur, enfriado por Brasil; firmó con Uruguay un tratado de seguridad energética que duplicará la capacidad productiva de la refinería oriental y crea una empresa mixta para extraer petróleo de la Faja del Orinoco; otro en Ecuador para construir la mayor refinería de la costa del Pacífico; concertó por fin con Bolivia la creación de Petroandina, empresa binacional destinada, por lo pronto, a explorar y explotar hidrocarburos en territorio boliviano. Esta red de acuerdos, pacientemente tejida por el presidente venezolano, y el particular apoyo que recibe de Argentina para la industrialización de su país, son hasta ahora las iniciativas más claras para equilibrar la gravitación brasileña en los proyectos integracionistas de nuestra América. Por algo es Bolivia el punto de discordia central: allí Pedevesa reemplazó a Petrobrás como gran inversor petrolero, signo de que la tradicional influencia política de Brasilia va siendo sustituida por la de Caracas.

Nuevo y viejo Mercosur

A ambas giras las precedió la crisis entre Brasil y Venezuela, por no haber Chávez renovado la concesión de Radio Caracas TV (RCTV), decisión no sólo totalmente legal, sino comprensible dado el abierto apoyo de esa emisora al golpe de estado de hace unos años contra el legítimo presidente venezolano y la continuidad de su gobierno.

El parlamento brasileño cuestionó la medida –Chávez lo calificó por eso de "loro de Estados Unidos"–, además de demorar inexplicablemente el ingreso pleno

de Venezuela al Mercosur. La cuestión de RCTV sacó así a luz la resistencia de poderosos sectores político-económicos de Brasil a la política venezolana. Pero por las reacciones desatadas puede advertirse además que, tanto como la "justicia universal", la "supranacionalidad" de los grandes grupos mediáticos es fundamental para la estructura mundialista y su pretensión de ir sustituyendo los Estados nacionales. Aunque conviene señalar de paso que Leonardo Boff, gurú de la teología de la liberación, calificó el hecho de "autoritario" y subrayó "los riesgos del populismo" venezolano: sin duda porque el alineamiento mundialista excede definiciones ideológicas como izquierda o derecha, y demás.

A la demora en aprobar el ingreso venezolano al Mercosur y el caso RCTV, se agrega que Brasilia virtualmente congeló el proyectado Gasoducto del Sur, eje para una integración sudamericana basada en la concertación y complementación geopolítica, pero también para la estrategia petrolera de Chávez que Brasil recela.

Chávez amenazó entonces con no concretar su ingreso al "viejo" Mercosur, entendido como mero espacio de libre comercio o como un elemento más del esquema multipolar promovido por el mundialismo. Denunció que Brasilia puso freno al Gasoducto del Sur por presiones norteamericanas, y dejó traslucir así las consecuencias geopolíticas para nuestra América del acuerdo sobre biocombustibles entre ella y Washington. Por eso el presidente de Venezuela no asistió a la cumbre del Mercosur y sus socios –Chile y Bolivia– en Asunción, centrada en la cuestión energética. Y prefirió entretanto una gira por Rusia e Irán, signo de que –frente a Washington y Brasilia– cuenta con alternativas internacionales de importancia.

Tanta tensión pareció impedir la continuidad del eje Caracas-Brasilia-Buenos Aires; Kirchner debió mediar públicamente para enfriar el conflicto. Pero hacia fines de setiembre un encuentro en Manaos (Amazonia) entre Lula y Chávez pareció ponerle fin, con el compromiso de concretar la integración venezolana al Mercosur y con la firma de acuerdos energéticos importantes: Petrobrás y Pedevesa crearán dos sociedades mixtas para operar refinerías en Brasil y en Carabobo, Venezuela. Y coincidieron en el compromiso de revitalizar (¿será así esta vez?) el meneado Gasoducto sureño. Pese a los cimbronazos, el eje seguiría pues en pie.

Brasil y su rol multipolar

La integración de América del Sur y su tránsito, unificado, por la etapa multipolar son objeto pues de distintos enfoques.

El acuerdo energético Brasilia-Washington insiste en el viejo esquema yanqui –Brasil como potencia sudamericana proconsular–, mitigado luego del rechazo al Alca en la cumbre de Mar del Plata, noviembre de 2005. El Mercosur o la Comunidad Sudamericana significan en esta tesitura sólo un respaldo necesario de la política exterior brasileña, con su proyecto de constituir un polo multipolar más sustentado en el peso político-económico que en el político-militar, pues integra el Mercosur a la que es potencia industrial y eje indiscutido de la Comunidad Sudamericana. Bien para Brasil entonces. ¿Y para la Argentina o Venezuela?

Herramienta importante para ello es el IIRSA (Iniciativa para la Infraestructura Regional Sudamericana), proyecto brasileño para la construcción de caminos, gasoductos, usinas hidroeléctricas por toda Sudamérica, en red con centro en Brasil y con financiación del BNDES (Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social, estatal brasileño financiador de las multinacionales ídem que compraron importantes empresas argentinas en los últimos años). Pues si dada la geografía sudamericana esto es casi inevitable, el Gasoducto del Sur no ocupa allí precisamente un lugar destacado. Mientras la posibilidad de una política industrial concertada con Argentina sigue siendo sistemáticamente relegada.

Sin embargo también existen en Brasil factores de poder concientes de que la integración no puede ser sólo una "ampliación" para ellos, de que es precisa una unidad basada en la concertación geopolítica genuina. Las presiones para internacionalizar la Amazonia preocupan por cierto a sus fuerzas armadas y argumentan en favor de otra tesitura: un claro acuerdo con Chávez cerraría un flanco de esa región, proyectaría el Mercosur unificado hacia el Caribe (área de influencia yanqui) y permitiría cambiar los términos de la ecuación: de defensiva a ofensiva geopolítica.

Dos precisiones:

1) Cuando ciertos intelectuales, brasileños sobre todo, afirman que no hay unidad sudamericana sin unión estratégica Argentina-Brasil, señalan una condición necesaria. Pero también pueden estar procurando una ventaja: para contrapesar a Brasil, con Argentina no alcanza; son necesarios también Chile (no

está), Venezuela (sí está y es realidad), México (posibilidad futura).

2) La multipolaridad es una variante de los centros de poder sinárquicos para avanzar hacia un esquema también mundialista aunque más seguro y viable. Pero para eso deben ellos negociar con poderes e intereses nacionales (como la Rusia de Putin). El esquema multipolar no se sustrae pues al dominio mundialista, pero serviría para mantener, aunque sea por un tiempo, márgenes sustanciales de soberanía. Y ésta parece la única alternativa hoy viable para los Estados nacionales que pretendan subsistir. Es decir, para el continentalismo de que hablaba Perón, quizás posible aún dentro de los bloques en que van distribuyendo multipolarmente el mundo.

El "socialismo del siglo XXI"

La revolución bolivariana propone una integración con acento en el Estado, no en el mercado, y en una concertación geopolítica americana que logre, frente a EE.UU. al menos, la mayor autonomía posible. Desde la aparición de Chávez pudo delinearse, como contrapeso a la hegemonía brasileña, un eje Caracas-Buenos Aires, con Bolivia y Ecuador quizás. Chávez insiste en la complementación energética, con avances importantes; en la autonomía financiera, como con el Banco del Sur, ahora nuevamente en marcha luego de reticencias brasileñas; en la militar, por ahora sin éxito; temática toda mucho más interesante que la puramente comercial propia del Mercosur hace años. Claro que el énfasis energético también permite a su país, proveedor de energía, una posición dominante como la de Rusia en Europa. Pero con su "socialismo del siglo XXI" imprimiría a su propuesta un sesgo ideológico discutible, que a veces parece modelo político, social, económico y cultural no sólo para Venezuela, sino para una suerte de "internacional chavista".

Hoy no es empíricamente viable la unión sudamericana basada en una ideología, sea en el mentado socialismo, sea, aunque nos pese, en la doctrina justicialista. Para mejor desarrollo de la Tercera Posición dijo Perón claramente que cada pueblo se daría el modelo organizativo que crea más conveniente. Y en *La Hora de los Pueblos* señaló que socialismos hay muchos, no sólo el marxista, sino, para escándalo de los progresistas, el del nacional-socialismo entre otros. Si la integración se quiere ideológica, se verá obstaculizada o disminuida: un acuerdo entre Venezuela, Bolivia, Cuba, Nicaragua tiene proyección geopolítica limitada y sin capacidad, con Brasil y Argentina al margen, para integrar el subcontinente.

Poco que decir si con su reforma constitucional los venezolanos instauran nuevas formas de representación política, además de los partidos, a través de Consejos del Poder Popular (comunales, obreros, estudiantiles, campesinos, etc). Lo mismo si su futura constitución incursiona, además de la privada, en otras formas de propiedad, –estatal, comunal, colectiva, mixta– según las instituciones que la ejerzan. Otro tanto para la gestión de empresas públicas por los trabajadores, el dominio estatal de los recursos naturales y de todo bien con importancia estratégica. Todo ello recuerda nuestra Constitución de 1949: las críticas son las mismas y vienen del mismo lado. Y discutible o no, propone la superación de los viejos Estados liberales. Aunque cualquier proyección no mundialista del Estado debería apoyarse en formulaciones doctrinarias congruentes. No puede por ejemplo reconocer la primacía de la justicia internacional (Venezuela no parece admitirla) o promocionar concepciones supuestamente identitarias o indigenistas, siempre orientadas a fragmentar Estados y naciones (como Venezuela sí hace).

De todos modos, llama la atención la insistencia de la Conferencia Episcopal venezolana en calificar de marxistas a Chávez y su nueva constitución, aunque él lo desmintiera reiteradamente. Pues según el portal de Internet *Cuba Católica*, en la última reunión ordinaria del Celam en julio, realizada por primera vez en Cuba, los vicepresidentes cubanos Carlos Lage y Esteban Lazo se reunieron con el nuevo presidente de ese *lobby* episcopal, monseñor Raymundo Damasceno Assis, en "ambiente cordial y constructivo". Y éste agradeció las "facilidades" dadas por el gobierno cubano para su reunión en la isla. ¿Cómo tanta inquina contra el quizás marxista Chávez y tanta complacencia con Castro, marxista indudable?

Otra cosa son los acuerdos políticos del venezolano con la izquierda latinoamericana, tanto "nacional" como del PC, o el eje Caracas-La Habana, discutible estrategia de construcción de poder que quién sabe si le brindará lo que espera. Pero en política el vacío que unos dejan (por ejemplo el peronismo) necesariamente lo ocupan otros.

La política argentina

En este marco creemos que nuestro gobierno se movió, como dijimos, con inteligencia.

El acuerdo de seguridad energética con Bolivia y Venezuela, firmado durante la gira de Chávez, tiene importancia futura de suyo, por las inocultables dificultades de nuestro país en la materia, pero da también señales de no subordinación al giro pro yanqui de Brasil, sobre todo porque los tres países suscribieron este acuerdo como miembros de la Organización de Países Exportadores y Productores de Gas del Sur. Se indica así en concreto 1) que, aunque Brasil bloquee el gasoducto en cuestión, igual llegará, vía marítima, gas venezolano a la Argentina, donde se construirá la planta de regasificación; 2) que nuestro país y Venezuela coinciden en desarrollar yacimientos de hidrocarburos para proveernos de gas boliviano, a cuya industrialización Argentina colaborará financiando la construcción de una planta gasífera en Tarija. Importa por eso que Kirchner señalara en su discurso que "si los empresarios no cumplen y no invierten, ya sea Repsol o Petrobrás, los argentinos ayudaremos a Bolivia a concretar las inversiones"; mientras arreciaba la crisis Venezuela-Brasil, ratificó así su alianza con Chávez y llamó a la unión del Mercosur "más allá del contenido ideológico de cada presidente". Pues claro que este eje Argentina-Venezuela-Bolivia, con Ecuador quizás, sí podría sustentar un modelo integracionista que, sin excluirlo, no dependa sólo de Brasil y sus vaivenes.

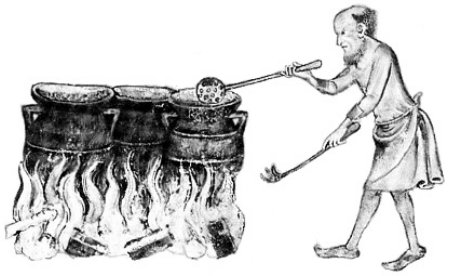
Otra importante iniciativa fue el viaje de nuestro presidente a México, con cuyo gobierno firmó un acuerdo de asociación estratégica, invitándolo públicamente a sumarse al Mercosur. Nuevo mensaje para Brasil, ya que esto amplía el margen operativo argentino y es un paso importante para la estrategia pro latinoamericana del nuevo gobierno mexicano, tras el alineamiento de su predecesor con EE.UU. y el consiguiente congelamiento de relaciones con Argentina y Venezuela. En el marco de la silenciosa disputa latinoamericana entre Brasil y México, la iniciativa argentina tiene su miga entonces. Aunque conlleva sus riesgos. Porque como su economía está en estrecha dependencia de la yanqui y ya es socio del Nafta, un México así en el Mercosur podría ser excelente bisagra para la proyección del Alca. Pero hay razones para pensar que el gobierno mexicano no conserva por el Nafta el entusiasmo de otrora, tal vez porque percibe el retroceso del mundialismo unipolar, mientras otro de sus modelos está ya en ciernes.

Poco después de estas movidas, viajó sin embargo Kirchner a EE.UU., hizo en la ONU su discurso contra Irán, y mientras él afianzaba así contactos con el lobby proisraelí del Comité Judío Norteamericano, su mujer comparecía ante el influyente Consejo de las Américas, entidades ambas de inocultable peso en el mundialismo unipolar.

La presión pro-israelí, tanto aquí como allá, logró así que Argentina lanzara contra Irán, por el atentado AMIA, en la Asamblea General de la ONU, un pronunciamiento que, sustentado en supuestas pruebas aportadas siempre por servicios de inteligencia yanquis y judíos, contribuye sin duda a sindicar al de Teherán como un Estado pro-terrorista y a preparar eventuales agresiones que le resten poder en una región clave. Sin embargo el discurso de Kirchner no lo acusó, como se reclamaba, de promover el terrorismo, ni rompió relaciones con Irán, limitándose, contra lo esperado, a pedirle colaboración con la justicia argentina. La presión tampoco logró con todo ello distanciar definitivamente a Argentina de Venezuela: tanto en EE.UU. como en otros ámbitos, el gobierno de Chávez fue razonablemente defendido.

El vínculo de nuestro gobierno con algún lobby judío, y con otros de parecida gravitación entre los yanquis, trascendería empero la cuestión AMIA. Ante la debilidad de un país aún cuestionado por su crisis de 2001, ¿se apunta así acaso a mantener, con el núcleo unipolar aún predominante, un nexo no tan aceitado como el de Brasil ni tan ríspido como el de Venezuela? ¿Prefieren quizá algunos en nuestro gobierno esta relación –potenciable con los demócratas en Washington–, a las sudamericanas? ¿Y hasta dónde permitirá tal compromiso sostener la amistad con Venezuela y la construcción de un bloque sudamericano autónomo? Se verá. Pero la de AMIA-Irán o la de Chávez no serán las únicas exigencias de esos factores de poder.

M. D.



CRISTIANOS, MOROS Y JUDIOS EN LA VIDA HISPANICA

Las ideas de Américo Castro

Como a Ganivet, Galdós, Menéndez y Pelayo, Azorín, también a nuestro autor hay que ubicarlo entre los atravesados por el dolor de España.

Sus ideas de historiador y lingüista, hoy desconocidas para muchos, a medio siglo de su publicación se ven de otra manera. Pero siguen resonando. Pues desde un historicismo a ultranza, muy alejado del impuesto hoy; vacilando a veces, ya que no cree tener todo resuelto; dueño de una singular erudición, Castro ilumina siempre temas candentes. Anhela que el pasado no se excluya de la vida; se despreocupa del estricto orden lógico, muchas veces disecador; posee el arte de releer documentos y hacerlos vivir, representando sus escenas como si fueran de hoy. Y esto hace del que aquí comentamos [1] un libro de historia tanto como de literatura, pues también ésta le permite perseguir lo inscripto en el alma de sus compatriotas.

La distinción entre la concepción del mundo de cristianos, islámicos y judíos españoles, la especificidad de Castilla y su lengua dentro de España, la relación entre unificación lingüística y poder político son temas de los que más lo preocupan. Con ellos diseñó una interpretación de la historia hispánica que le valió duras disputas y rémora en la publicación o reedición de sus libros. No haremos caso de las polémicas, aunque no compartimos todas sus tesis –algunas extremadas en otros trabajos– ni podemos confrontarlas con otros datos empíricos. Simplemente reconocemos que piensa, y pretendemos que nos ayude a pensar.

España y los árabes

Su tesis quizás más cuestionada sostiene que España nace tras la invasión musulmana y en confrontación con ella. Raza y suelo son, para él, sólo abstracciones. Le importa lo que cierta gente quiso y pudo hacer dentro de lo que le tocó en suerte: a los habitantes de la península ibérica, tener la mayor parte de su territorio invadido y sus centros urbanos intelectualmente más importantes –Toletum, Hispalis, Caesar Augusta– ocupados por árabes musulmanes durante siglos.

Entre los reinos visigóticos y la España posterior a la expulsión de los moriscos no hay pues continuidad. La idea de que con la Reconquista España "recuperó" lo que era, como si ocho siglos desaparecieran sin dejar rastros, impide según él explicar logros y carencias de la historia española y compararlos con los de otros países europeos, como Francia. Y no alude así a la mera influencia morisca en la arquitectura, las artes o el vocabulario, sino a algo más íntimo.

La posterior al siglo XVI es una España distinta, permeada por la influencia de dos castas semíticas: árabes y judíos. Estos últimos abrieron las puertas de la Península a los musulmanes y ocuparon, en el califato omeya especialmente, importantes cargos políticos y económicos. Pero tras la invasión de los más puritanos almorávides y almohades, se trasladaron en su mayoría a los reinos cristianos, ya en posesión de parte importante del territorio, donde ejercieron cargos similares. Y también migraron hacia allí los mozárabes (cristianos que vivieron bajo dominio musulmán). Unos y otros profundamente arabizados.

De esta forzada convivencia derivan para Castro aspectos de la cultura española y su modalidad humana. También su *vividura*: forma en que los españoles sintieron o interpretaron acontecimientos e ideas.

Santiago, un antimahoma

Los reinos cristianos no alcanzados por la marea árabe, aislados al norte de España y del resto de los cristianos europeos, iniciaron dura lucha contra un enemigo superior –insiste Castro– en todos los aspectos. Su desesperada decisión de no sucumbir toma

cuerpo en una guerra imaginada a semejanza de la que le plantea su enemigo: guerra por defender una creencia, con ayuda celeste, por parte de hombres que a sí mismos se llamaron *cristianos* y no hispanos o godos. Para esto fue decisiva la figura del apóstol Santiago, singularmente interpretada.

Aunque la creencia de que Santiago el mayor había predicado en España era muy antigua, fue desatendida por la Iglesia visigótica; sólo a partir del siglo IX se popularizó la existencia de la tumba del apóstol en Iria Flavia (*finis terrae*). Resumimos el apasionante análisis que el autor realiza de esta creencia en Galicia.

La ayuda celeste a los ejércitos era conocida por los romanos, que difundieron su veneración a los dióscuros Cástor y Pólux donde sus legiones llegaron. Consecuentemente en varias partes de Europa aparecieron parejas de santos colaboradores en las batallas; como en España Santiago y San Millán. Pero sólo Santiago –de él era la tumba–, confundido a veces popularmente con Santiago el menor, "hermano" del Señor, tomó características explicables por la necesidad, para estos pueblos entonces infortunados, de contar con ayuda de un "antimahoma" para atacar a su contendiente. Así se explica ese "Santiago Matamoros" tan distante, para el autor, del verdadero apóstol [2]. Pero no es tarea de historiador indagar si esa tumba era en verdad la de Santiago, sino reconocer que esa creencia influyó en la historia de España y en el carácter de sus habitantes, como para convertirse en un hecho "historiable".

Ya Alonso de Cartagena, judío converso, sostenía en 1434 que España, contrariamente al resto de Europa, sólo peleaba por causas «divinales». Este fue por varios siglos el camino conformador del pueblo español. Sólo la guerra valía para un cristiano y su destino celeste. A semejanza musulmana, se salvaba para la eternidad el que moría peleando.

Tan excelso don divino, la tumba de un apóstol (favor sólo con Roma compartido), logró a través del camino de los peregrinos comunicar a España con el resto de la cristiandad; su ayuda celeste promovió las victorias de la Reconquista.

El "camino" producía cuantiosos beneficios. Para administrarlos y "enseñar de las cosas de Dios", Sancho el Mayor de Navarra ofrece a los monjes de Cluny, hacia el siglo XI, establecerse sobre él [3]. Por lo visto no había entre los cristianos del norte de España quien supiera administrar o elevarse en las cosas del espíritu. La guerra consumía todas las energías; hasta los religiosos tomaban parte en ella. Y los gallegos, libres ya del asedio musulmán, se dedicaron, gobernados por sus obispos, a explotar reliquia y peregrinos. Sin profundizar la fe, como en casi ningún lugar semejante, donde los lugareños suelen vivir algo cínicamente de su explotación. Pero el esperar todo de la ayuda divina y no dedicarse "al humilde trato con las cosas" fue encarnando así en estos eficaces guerreros.

Los benedictinos franceses no rindieron en España los frutos esperados. Alrededor de estos monasterios –cada vez más ricos gracias a insensatas donaciones– no florecieron la religión ni las artesanías, como sí en Francia. Los monjes, en última instancia agentes del poder borgoñón, fueron indirectamente responsables de la independencia de Portugal, que no la logró por lucha y decisión populares, sino por un enjuague religioso político, y por eso no tuvo poesía épica.

Pero esta convocatoria para que los extranjeros hicieran lo que los españoles no, le parece a Castro paradigmática. Llamar a ingenieros "de afuera", y a pesar de ello replegarse sobre sí, es la lanzadera que tejió la historia de España. Con su limitación, le permitió permanecer fiel a sí misma, sin convertirse en África ni Francia. Hecho especialmente diáfano en Castilla, que asume con total decisión la infatigable tarea, mostrando su "alma indómita, quid último e inasible para el historiador" (p. 157).

Musulmanes españoles: creencia y actitud vital

La teología islámica más difundida en España pensaba que los efluvios de Dios crean constantemente una realidad cambiante y efímera. Nada escapa a ese fluir creacionista donde lo alto y lo bajo se confunden. De allí derivarían la vecindad entre ricos y pobres, tan propia del mundo musulmán, o la literatura donde lo más excelso coexiste con lo mísero, lo sucio incluso. Por eso el hombre no puede crear nada

objetivamente existente ni decidir sobre un destino en manos de un creador que hace y deshace todo en un instante y hasta convierte algo en su contrario, incluso el sujeto en objeto o viceversa. Esta actividad de Dios acerca lo terrenal a lo celestial. El cielo está siempre como abierto, lo de arriba y lo de abajo se asemejan y continuamente se comunican. Pero como los islámicos carecen de noción de pecado original, tan cambiante mundo está para el disfrute: los cuerpos son bellos, el lujo placentero, los manjares apetecibles y lo mismo disfrutarán en el cielo de Alá quienes lo merezcan.

Tales efluvios se comunicaron en forma personal y oral a Mahoma, e hicieron, de él mismo, algo más importante que su mensaje, y de su religión, una personalizada y verbalizada. Y no es así la relación de los evangelistas con el Evangelio, donde la verdad del mensaje es muy superior a quienes la transmiten. Aunque hubo otras, la doctrina más común en España quedaría cabalmente representada en esta cita:

> "El átomo es único y último elemento de la realidad de toda cosa creada... Dios, que crea y recrea los átomos a cada *instante*, los agrupa a su antojo para formar cuerpos, ensambladuras *discontinuas*, *momentáneas*. Tales ensambladuras carecen de existencia propia, y sólo el átomo existe. Todo -desde los volúmenes geométricos hasta los estados humanos- *es pura nada*, accidentes subjetivos y efímeros, sobrepuestos al *átomo de nuestro corazón*." (*La Passion d'Al-Hallâj* de L. Massignon; resaltado por A. C., p. 300).

Esta especie de realidad en continuo flujo influye en la forma de escribir. Un árabe habla de todas las zonas del mundo a la vez, como si el escritor tuviera su conciencia repleta. Cuanto más quiere acercarse a algo y más darlo a conocer, más lo nombra: en un ejemplo que Castro da pasan de cuarenta los vocablos usados en la definición de un buen amigo.

Un acontecimiento humano con sus adherencias, dice, a cada momento engendra otra cosa; de allí que se escriba en secuencias abiertas que traducen la divina creación. Avicena pasa sin solución de continuidad de la descripción de un aerolito, al Yemen donde oyó a los poetas cantar las espadas hechas con trozos del aerolito. El traductor latino, que discrimina representación objetiva y sujeto, eliminó tales "adherencias" y dejó sólo la descripción científica; pero esto, claro, ya no es islámico. Y lo mismo sucede en los escritos sufíes. El místico cuenta con lujo de detalles todo lo que le sucedió, pura vivencia. Vida y mundo son así inseparables del proceso de vivirlos y de la conciencia de estar viviéndolos. "No quedó lugar para el flujo del discurrir como facultad aislada de las sensaciones y emociones" (p. 305).

Consecuente es el estilo de las artes plásticas. El arabesco, las columnas indefinidamente repetidas de la mezquita cordobesa, como el cuento de nunca acabar, representan esos momentos repetidos al infinito, sin principio ni fin, igualmente válidos, igualmente transeúntes.

Esta experiencia árabo-islámica configuró la vida hispánica, empeñada en hacer las cosas "con toda el alma", expresión que indica la totalidad del hombre, pero omitiendo el espíritu como indagador racional de una realidad objetiva sin misterios. Los españoles dejaron a otros averiguar en América las propiedades alimenticias de la papa o las medicinales de la quinina y la coca. Siempre con la vista "más allá" conquistaron, construyeron bellas ciudades y enviaron oro a España para comprar en el extranjero lo que allí no sabían hacer. Esta arábiga modalidad explicaría lo que el autor entiende por *integralidad* del arte hispánico, que representa todo, incluso el ser de quien lo realiza. "Para que una obra haga libro, menester es el hombre entero" decía ya López Pinciano (p. 194). En la literatura cristiana española, como en la musulmana, encontramos el pasado, su narrador y el presente en la misma obra.

Tal la *vividura* de los españoles, dice nuestro autor, moldeados por la convivencia con los moros. Pero hay además influencia islámica en instituciones muy concretas. La tolerancia de las cortes castellanas, subsistente hasta los siglos XIV o XV, no fue herencia visigótica. Surgió al calor del Corán, fruto sincrético de las tres religiones *del libro*, o de la idea sufí de que todos los caminos llevan a lo divino. Ya el cordobés Ibn Hazm (994-1064) decía que "indudablemente habrá entre todas las religiones alguna que sea au-

téntica, mas a nadie se le manifiesta de modo evidente y claro, y por eso Dios no impone a nadie la obligación de profesarla" (p. 204). Esta suerte de indiferencia dogmática cimentó la tolerancia, eficaz también a la hora de la reconquista.

No tan reconocido es el importante aporte musulmán para el surgimiento de las órdenes religiosas militares. No por azar, dice nuestro autor, estas órdenes surgieron en lugares de intensa relación cristiano-islámica: Palestina (la orden del Temple y la del Hospital de Jerusalén) y España (las de Calatrava, Santiago y Alcántara). Los Ribat (de donde viene nombres de lugares españoles como La Rábida) eran una especie de conventos donde los ascetas se preparaban para la guerra santa: suponían la coincidencia en una sola persona de espiritualidad ascética y arrojo guerrero. Y esto se traslada a las órdenes de Occidente y, con distinta suerte, a los países cristianos.

Pues ante la insistencia de Hugo de Paynes, San Bernardo de Claraval termina por aceptar en 1128 la creación de la orden del Temple. Y a fines del siglo XIII, concluidas las cruzadas, los templarios se convierten en financistas que controlan el comercio entre oriente y occidente. Rápido de reflejos, el rey de Francia logra su supresión eclesiástica y termina violentamente con la orden. Irónicamente comenta Castro que ya entonces (1314) el Estado francés podía deshacerse de un incómodo competidor: allí era claro que un banquero era un banquero, y un fraile un fraile. No en España, ¿cómo podía serlo?, donde estas órdenes adquirieron y mantuvieron inmenso poder hasta bien entrada la modernidad. Alfonso I de Aragón, llegó a nombrarlas en 1134 ¡herederas de su reino! Tal la confusión entre el mundo de acá y el de más allá.

Castilla, la Esparta celtíbera

Los castellanos tomaron la antorcha de la guerra, tarea que consume lo mejor de sus energías. El "alma indómita" de Castilla se forja en la lid. Pocos lujos puede darse; cualquiera la distraería de esta lucha sin cuartel. Sólo los hechos heroicos otorgan allí dignidad personal y prestigio. Surge así un pueblo austero, *encastillado* en su persona, ajeno a tareas como administrar o crear recursos. También ajeno en principio a la lírica o la mística, vistas con recelo porque ablandarían la reciedumbre necesaria para la pelea. "Lo que fue posible para Provenza, Cataluña y Galicia (mística y lírica) carentes de una conciencia nacional amenazada por el Islam, no lo fue para Castilla, cuya alma enérgica, mesurada y casta fue su mejor escudo" (p. 284). La épica bastó para su ansia natural de poesía. Y sus héroes, el Cid, Fernán González, expresaron al ilustre varón castellano: valiente, temperado, fiel, austero, leal. No por casualidad, continúa el autor, los castellanos adjudicaron a la intemperancia de los últimos dirigentes visigodos, con Rodrigo a la cabeza, la pérdida de sus reinos. Tal el vicio también de sus actuales enemigos, los musulmanes, con sus lujos y placeres evitados a toda costa por los castellanos. Este afán por diferenciarse de sus oponentes no impidió el prestigio de éstos, que contagió creencias cristianas, como en ese *Santiago matamoros* que presidía batallas "catando a los moros con torva catadura", según dice Berceo.

El castellano es además en España el primer dialecto del latín que se "uniformiza". Esto indicaría una previa decisión política y una élite con fuerza suficiente como para hacerse imitar. Pues para Castro no habría dominio político sin unificación lingüística. El castellano surge paralelamente a los esfuerzos castellanos por separarse del reino de León.

Entre el noroeste español, fundamentalmente Galicia, con su teocracia edificada en torno al culto de Santiago, y el noreste, sobre todo Cataluña, más vinculada a Francia, surge Castilla con personalidad propia y fuerte afincamiento terreno. La profunda y primitiva ligadura de Castilla y Navarra redundó en perenne vínculo de ésta con España; los catalanes nunca terminaron de estar a gusto en ella.

Ni franceses, ni musulmanes: castellanos, parece la divisa de Américo Castro para los estandartes de este pueblo que goza de todas sus simpatías. Eran cristianos, consideraron objetiva la realidad del mundo sensible, impusieron su lengua romance, pero no fueron como el resto de los cristianos europeos: no puede parangonarse el poema del Cid con la Chanson de Roland. Allí, no en otros reinos que también pelearon contra el moro, surge la conciencia nacional

y, a partir del siglo XIV, lo que llamaremos *conciencia popular*.

Antes y después del siglo XIV

Con el avance de la reconquista cambian las condiciones generales. En 1212 Alfonso VIII de Castilla gana la batalla de las Navas de Tolosa, golpe definitivo, y Fernando III toma Córdoba en 1236 y hace suya Sevilla en 1248, todos triunfos castellanos donde nobles y pueblo rivalizan en entrega y valentía. A estos triunfos se los consideró *tarea nacional*; no a las victorias catalanas –Jaime 1° de Aragón conquistó Valencia en 1239– logradas por el rey y el pueblo a pesar de los nobles.

Vencidos los moros por las armas, ya no parecen culturalmente tan peligrosos y las cortes castellanas los imitan en lujo, atavío y posturas. Se abre el alma castellana. Aparecen la lírica y la mística. Pero esa alma castellana, "abierta" según Castro más tarde que la de otras regiones de España, padece una influencia espiritual semítica abrumadora. El ejemplo al respecto de Sancho el Bravo, confesándose en su lecho de muerte ante el infante Don Juan Manuel, es particularmente elocuente (p. 346-49).

En esas cortes los judíos encumbrados son astrónomos, historiadores, biblistas y también médicos, administradores, cobradores de impuestos. Y en manos de mudéjares (musulmanes acogidos por esos reyes cristianos) quedaron los oficios que necesitan aprendizaje más específico: albañiles, constructores de sistemas de riego, ceramistas, tejedores.

Cuando el pueblo cristiano español toma conciencia de tal y, amainado el ímpetu y las necesidades guerreras, quiere insertarse en la sociedad, sólo le quedan las tareas más rutinarias del campo, los escalones bajos de la Iglesia o de la corte, y el ejército, cuando se lo necesita. El resto eran «vagamundos», señala Castro con palabra expresiva. No sucedía así en Francia ni en los reinos musulmanes donde el pueblo tenía quehacer e inserción social. Dice Pedro Guzmán en Bienes del trabajo honesto, 1614:

> "En muchos reinos, no sólo de fieles sino aún de infieles y de herejes... tienen sus gobernantes singularísimo cuidado y atención en que en sus repúblicas no haya ociosos, como cosa en que consiste gran parte de su felicidad" (p.59, n.19)

Y en 1638 el historiador Bermúdez de Pedraza:

> "... Los moriscos ... tienen buenas obras morales, mucha fe en tratos y contratos, caridad con los pobres; poco ociosos, todos trabajadores..." (pp. 58-9) [4]

No queremos pasar por alto dos notas (4 de p. 559 y 67 de p. 259) donde el autor hace una observación de las más brillantes del libro. ¿Qué vínculo hay, se pregunta, entre la representación artística de figuras enteras, acabadas, y el cultivo de la ciencia teórica desinteresada, o sea la verdadera ciencia? Esto surge de considerar dentro del mundo islámico la peculiaridad persa-iraní: de allí son Avicena y Albaterio que superaron en los siglos X y XI todo lo conocido en matemáticas; es en Irán asimismo donde aparecen, en bellos manuscritos, representaciones de seres vivos y cosas con figuras que tienen principio y fin, formas completas. En el resto del mundo musulmán, en los árabes, la ciencia siempre tendió a solucionar problemas específicos, cotidianos, no al conocimiento por el conocimiento mismo. Por eso, aunque la otra se enseñara y transmitiera, la ciencia de los musulmanes españoles suele ser práctica. Sin embargo España no tuvo ninguna de las dos y –acotamos– no porque su magnífico arte pictórico careciera de figuras acabadas y realistas; como si entre los cristianos hispánicos el trato con las cosas se reflejara en su arte excelso, no en interés por la ciencia *prosaica*.

Esta trama social incapaz de abarcar a todos tuvo sus causas. En España no hubo feudalismo ni verdadera Edad Media. No contó, como Francia, con París y su poder unitario absolutamente reconocido, sus señores feudales y su pueblo, racionalmente ensamblados en una cultura común. Entre reyes españoles, con sus capitales itinerantes, y pueblo, se interponía la «casta» de los judíos, irreemplazables en tareas que los cristianos no querían ni sabían hacer, pero inasimilables para el pueblo. Y los oficios siguieron en manos árabes; nadie quiso apropiárselos. El español siempre prefirió un «más allá» de gloria a través de la guerra, hasta poder decirse que, cuando tuvo

plena conciencia de pueblo, el mundo terreno a su alrededor no le pertenecía ni sabía qué hacer con él.

Este pueblo, abandonado en tiempos de paz, no se resignó. Entre fines del siglo XIII y el XIV fundó las hermandades y los concejos de las ciudades con fueros, instituciones presentes ambas en la historia española, con actividad y suerte diversas. A menudo las hermandades atacaron y saquearon monasterios, sedes de órdenes militares o ricas juderías. O sea, a los tenidos por responsables de su miseria. Algunos reyes los apoyaron, como el contradictorio Sancho IV el Bravo (1278-1295), hijo de Alfonso X, que según crónicas contemporáneas "tomó la voz con todos los de su tierra". Pedro, uno de sus nietos, pasó a la historia como el cruel, pero popularmente fue el justiciero. A este pueblo le dieron los reyes católicos la tarea de controlar el bandidaje y lo mandaron luego a lo que más quería y sabía hacer: a conquistar Europa o América.

Pedro el justiciero

La casta judía y los "conversos"

Muchas y muy documentadas páginas dedica Castro a su polémica idea de la inserción e influencia de los judíos en la sociedad española. La historia de otros países europeos se podría escribir, dice, sin dedicarles demasiado, no la de España; su presencia fue allí demasiado decisiva.

Considerándose casta elegida –hidalgos "por naturaleza"–, sea cual sea su oficio, los hebreos han pretendido ubicarse en lo más alto de cualquier sociedad. En la España cristiana se instalaron entre pueblo y rey, pero siempre cerca de los poderosos. Como intelectuales de las cortes más refinadas (Alfonso X por ejemplo), fueron para nuestro historiador sólo repetidores y vulgarizadores de la ciencia árabe; al judío, como al cristiano español, nunca le interesó la ciencia pura.

Los hebreos españoles tradujeron la Biblia al castellano, pero eso aisló más a España del resto de Europa –que la leía y estudiaba en latín, lengua de la ciencia– y no llevó al castellano más allá de los Pirineos. El motivo de este esfuerzo erudito, para Castro en cierto modo insensato, fue la aversión profunda de los judíos por el latín, lengua del Imperio que los sojuzgó; y de la cristiandad.

Muy importante para él es también la influencia de los médicos, mayoritariamente judíos, sobre nobles y reyes, clérigos y monasterios. No siempre con segundas intenciones los médicos de cabecera, amigos de sus pacientes, les contagiaron su alma y consideración de las cosas. Estrechas amistades reforzadas por el trato cortesano diario llevaron a reyes y nobles a defenderlos desmesuradamente contra el pueblo. Pues cuando no peleaba, éste era exprimido por la nobleza, el clero y los judíos, asegura Castro aunque las venganzas contra ellos no le agradan.

Cita documentos de judíos europeos asombrados de las prerrogativas de sus hermanos españoles, poseedores por ejemplo de su propia justicia que, como significaba cierta independencia del Sanedrín, no era bien vista por aquéllos. Pero de tan inaudito encumbramiento y poder pasaron a la dispersión y la miseria, porque como otros fenómenos, también el judaísmo careció en España, según Castro, de límites y de discreción.

La riqueza de que gozaron se incrementó especialmente por su papel como cobradores de impuestos, que sólo podían ejercer los que riqueza tuvieran. Pues los reyes, generalmente escasos de fondos, acudían a los judíos ricos que adelantaban lo necesario a cuenta de su recaudación impositiva. Esta tarea fue así la más odiosa para la percepción popular. Aldeas enteras se despoblaron al no poder pagar lo exigido y quedarse los pobres sin lo más necesario, como sus viviendas, traspasadas a manos judías. Como contrapartida asegura el autor que los pocos reyes o nobles que lo intentaron no encontraron cristiano dispuesto a hacerse cargo de tarea considerada tan impropia de caballeros.

Pero influencia más decisiva y sutil fue la de los judíos que en España después de convertirse siguie-

Continúa en p. 14

A MANERA DE PROLOGO

Un extranjero –supongámosle francés– viene a España a estudiar nuestro país. Se entabla el siguiente diálogo entre el recién llegado y un español. Dice el francés:

–Deseo conocer la historia de España. ¿Hay en España algún manual de historia?

–En España– se le contesta –no hay ningún manual de historia. En España, país de una tradición de veinte siglos, de treinta siglos, no existe la historia.

–Es absurdo lo que usted me dice. Quiero suponer que en ello hay una parte de humorismo. ¿Cómo estudian los niños en España la historia de su Patria?

–Repito a usted que en España no existe la historia, o es como si no existiera. Hay trabajos excelentes, libros eruditos, monografías minuciosas sobre puntos o épocas de nuestra historia. Existen también historias generales grandes, en muchos volúmenes. Hay una Academia de la Historia. Pero si usted desea un manual de historia de España claro, sencillo, exacto, le diré a usted que no lo tenemos. Los niños estudian en manuales mal escritos, desabridos, tosca y chapuceramente impresos..., no pueden formarse idea de lo que es la historia de España.

–En mi país abundan los manuales de historia de Francia. Algunos de ellos los han escrito hombres eminentes. Están redactados en forma clara y sencilla. Su erudición es sobria y exacta. Van ilustrados con reproducciones de cuadros, monumentos y retratos de la época de que se trate.

–Pero en su país de usted existe el gusto por la historia. Los hombres políticos conocen la historia de su Patria.

–¿No conocen la historia de la suya los políticos españoles?

–Los políticos españoles no leen libros de historia. La historia de España es para ellos cosa desconocida.

–No puedo creer lo que usted me dice. ¿Cómo el gobernante de un país no podrá conocer la historia de ese país? ¿De qué manera se arreglará para gobernarlo? ¿De qué modo podrá conocer lo que ha sido y lo que es? Y, en su consecuencia, sin conocer la realidad social, ¿cómo se arreglará para saber el mayor o menor grado en que en determinado momento esa realidad puede ser modificada?

En España, hace cincuenta o sesenta años, los políticos solían ser literatos, poetas historiadores; conocían y amaban la historia de su país; investigaban en los archivos; redactaban periódicos; profesaban en las cátedras; vivían en las redacciones; frecuentaban las tertulias literarias; se interesaban en suma, por las cuestiones espirituales. Historiadores, literatos, poetas, filósofos, catedráticos, ateneístas eran (...) [1] Núñez de Arce, Campoamor, Castelar, Cánovas, Pi y Margall, Silvela... Ahora, salvo alguna excepción, los políticos no estudian la historia. A los políticos no les importa nada la historia de su patria. La patria no existe para los políticos. Ni existe para los políticos la patria, ni existen los factores más poderosos que han formado la patria: las letras y las ciencias. En los discursos parlamentarios jamás se cita un hecho de la historia de España. Nunca ha habido en nuestro país tan honda separación entre la política y la inteligencia. La política es un desolado erial: un erial de ideas y sentimientos. No se sabe la historia. Y así ocurre que, sin saber la historia, sin conocer la historia de España, un político, frecuentemente, gira en torno de los grandes problemas sin tener una idea aproximada de su importancia. Duda, vacila, va, viene, torna a dudar, torna a vacilar, sin saber qué hacer, cuando la solución está ya dada en las páginas de la historia. O bien, en vez de vacilar, se lanza a la más terrible decisión, sin comprender que esa resolución extrema ha sido ya antiguamente expiada con dolor en la historia.

–Pero si no tienen ustedes un manual de historia política y social, tendrán ustedes de seguro algún manual de historia literaria. La tradición literaria es copiosa y rica en España. La literatura española ha influido en ciertos momentos en algunas naciones europeas. Por otra parte, si a América no le interesa la historia política de España (y debe empeñosamente interesarle), en cambio, no puede desentenderse de la literatura española. Los valores literarios españoles deben ser valores corrientes, estimados, cotizables, en todos los países de lengua castellana.

[1] Sigue una lista de cincuenta y un nombres, de la que sólo se transcriben los seis finales

–Sí, sí; es cierto lo que me está usted diciendo. Pero no tenemos tampoco ningún manual de historia de la literatura española. Hay algunos extranjeros; alguno de esos extranjeros no está traducido. Pero no existe ninguno hecho por españoles, sentido con sensibilidad española.

–¡Es extraño lo que usted me dice! En mi país contamos con más de veinte manuales de literatura. Los hay de todas las tendencias y de las más opuestas inspiraciones. Los hay conservadores, liberales, prudentemente eclécticos. Algunos de esos manuales, con todos sus defectos, son excelentes. Llevan muchos de esos manuales una rica y utilísima bibliografía. Están editados algunos con primorosas ilustraciones. En mi país la literatura interesa a todo el mundo. ¿Tendrán ustedes *al menos* una buena biografía de Cervantes?

–¿Ha dicho usted de Cervantes?

–Sí, de Cervantes. Yo querría un librito claro y sencillo en que se expusiera con exactitud la vida del gran español.

–Pues tampoco tenemos una vida manual de Cervantes. Hay grandes y excelentes trabajos de erudición sobre el autor del *Quijote;* existen cervantistas beneméritos que podrían escribir esa biografía; alguno de ellos ha prometido escribirla. Pero hasta la fecha no podemos disponer de ese librito sencillo y claro que usted desea.

–Lo deploro como entusiasta de Cervantes. Pero España es un país católico. La tradición católica de España es de una indudable importancia. La mística española ha producido obras de un valor extraordinario. Por el pensamiento y por el estilo los escritores místicos españoles están entre los primeros escritores clásicos de España. Seguramente en los Seminarios eclesiásticos españoles existen cátedras en que se estudia la historia religiosa de España. No puede ser de otra manera. Un país que, como éste, ha tenido en lo antiguo tan intensa vida espiritual, no puede desconocer, olvidar ese pasado glorioso. Por lo menos, los hombres que se consagran a la vida interior deben poseer libros especiales en que se hable de historia religiosa de España. Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Avila, Malon de Chaide, Rivadeneyra, Estella, Osuna, etc., etc., deben serles familiares a esos hombres, ya que no a todos los españoles cultos. Hay en todos estos grandes místicos españoles un fondo de humanidad y de bondad bien distinto de la leyenda de dureza y de intolerancia que se ha formado en torno a la España de los pasados siglos. Deseo, pues, tener, en pocas páginas, un resumen de todo ese gran pensamiento español.

–Le escucho a usted asombrado, estupefacto. ¡Ay, querido amigo! Menos que de toda otra cosa, existe en España de lo que usted me pide. En España, país profundamente católico, no se conoce el pasado religioso de la nación. ¿Cuántos obispos de España habrán leído a Granada, a León, a Santa Teresa? ¿En qué seminarios españoles se estudiará (o al menos se estudiará como debe estudiarse) la historia religiosa de España?

–De modo que para ustedes los españoles, ¿no es nada la historia, la tradición, las letras, el pensamiento religioso, lo inmaterial, lo impalpable, el espíritu, en una palabra?

–¿Qué quiere usted que le responda? Estoy de acuerdo con usted en que, en un país, lo primero es el conocimiento de los grandes valores espirituales.

–El conocimiento y el amor. No hay en la gobernación de un país nada que pueda ser antepuesto a la realidad espiritual. Riquezas, adelantamientos materiales, mejoras de orden práctico y económico, todo eso es importante, considerable. Pero limitada la política de un país a los progresos de la materia, colocados esos progresos en primer plano, con caminos magníficos y profusos, con puertos soberbios, con cultivos agrarios admirables, con todos los más maravillosos adelantos, en suma, se irá fatalmente a la más horrenda barbarie. El goce instantáneo y brutal substituirá a la delicadeza y la perfección interior. La riqueza individual, y no la virtud, será la medida suprema del mérito de la persona. Un multimillonario valdrá más que un Vicente de Paúl o un Francisco Giner. La meditación ante el destino humano será una inmensa locura. El pensamiento mismo llegará a ser abolido por el placer bestial...

–De acuerdo, completamente de acuerdo, mi querido amigo. No hemos llegado ahí todavía en España. Pero la industrialización del mundo nos lleva por ese camino. Y en España, el desdén por nuestra tradición espiritual, el olvido de nuestra historia, el desvío de nuestros políticos por todo lo que significa *inteligencia*, harán que los españoles caminemos más rápidamente que nadie, más inconscientemente que nadie hacia ese ideal de barbarie.

AZORÍN

de *De Granada a Castelar*, Madrid 1922

viene de p. 11

ron ocupando los cargos más altos. Ha-Levy-Santamaría y Josué Lurqui (Jerónimo de Santa Fe), son dos de los tantos grandes rabinos de su ciudad, que tras su conversión pasaron a obispos de las mismas [5]. Muchos fueron acérrimos perseguidores de sus antiguos hermanos [6] trasladando al cristianismo español sus conceptos de pureza de sangre y honor. Mediante la Inquisición, de la que tan a menudo fueron rectores, castigaron no la heterodoxia, en España casi inexistente, sino los pecados y pecadores, confusión reinante en las aljamas o juderías, donde los malsines o delatores eran institución y se juzgaba al reo sin saber quién lo había acusado ni de qué.

Tanto buena parte de la ascética española, como el personaje del pícaro o la crítica social violenta hacia una sociedad y un poder que no reconocían suficientemente sus méritos, características también de la España moderna, tendrían origen converso. El cristianismo español se colmó desde entonces con resonancias hebraicas; no con el "logos evangélico de cuño griego" (p.561). Y la para Castro mal llamada *Contrareforma* española, con los jesuitas como voz cantante, continúa esta tendencia cada vez más distante del espíritu de la fe, ya que la Compañía de Jesús estuvo desde sus principios particularmente poblada de cristianos nuevos.

Presionados los reyes por el pueblo y los conversos, termina la pacífica convivencia de las tres castas, con su secuela de forzadas conversiones y finalmente con la expulsión de judíos primero y de musulmanes después.

También Francia e Inglaterra echaron a los judíos –antes que España–, sin que ello les valiera, como a ésta, ninguna mácula imperecedera. Pero Castro compara los diferentes efectos. Pues en aquellos países tareas administrativas o lucrativas y oficios fueron a manos cristianas que no los consideraron indignos, en cambio España quedó sin gente experta en esos menesteres, indispensables para la vida *terrenal*.

Con la masa conversa en las órdenes religiosas, se acentuó el menosprecio por labores, administración y ciencia, vistos como propios de judíos y de árabes, y el concepto de pureza de sangre contaminó al cristianismo español. España es el único país de Europa donde se distingue entre cristiano viejo y nuevo. Allí la conversión ya no significó un nuevo nacimiento ajeno a la sangre (como en la Jessica de El Mercader de Venecia), sólo posible por una conversión auténtica. Si hasta los conversos verdaderos sufrieron la angustia, refleja en obras literarias, de que los demás dudaran de su autenticidad y ellos no hallaran lugar para sus "empinadas" aspiraciones. Por eso quienes por sus orígenes –sigue Castro– no lograban insertarse en el poder religioso o político, intentaron la obra intelectual que "dominara" el sentido dado, por ejemplo, al acontecer americano. De ahí tantos judíos conversos entre los cronistas e historiadores de Indias.

Finalmente, el catolicismo español, como religión estatal que absorbió la vida entera, refleja también el modo de las aljamas, donde todo estaba bajo la égida de los rabinos que controlaban la vida hasta en los detalles más cotidianos. [7]

Formas del vivir y realizaciones artísticas

También en el arte español la convivencia de las tres castas dejó su sello. De allí surgen para el autor sus creaciones más universales y peculiares a la vez.

Dicha influencia no fue igual en todos los reinos y lenguas cristianos. Ni la misma en el siglo XII que en el XVI o XVII. Castro dedica capítulos a matizar afirmaciones que aquí parecerán quizás demasiado rotundas, pues nos restringiremos a unos pocos ejemplos, referidos todos al castellano, en el que nuestro autor mucho se empeña.

De las primeras expresiones poéticas castellanas de siglos XII y XIII a las del XVII habría una evolución desde un claro ascendiente musulmán a una mayor influencia judía primero y de conversos después. Trataremos en especial el ascendiente islámico tan unido al surgimiento de Castilla.

Como la confrontación con los moros fue mayor en Castilla, el árabe afectó también más al castellano que a otros dialectos peninsulares. Sabemos qué cantidad de vocablos arábigos posee nuestra lengua, casi todos referidos a los oficios. Pero Castro apunta a las *pseudomórfosis*, formas idiomáticas que reflejan una misma consideración de las cosas en ambas lenguas. Tomamos sólo un par de ejemplos: llamar *ojo de*

agua al manantial y la expresión *me amanecí*, locuciones inhallables en cualquier otra lengua romance. La primera sugiere ojos en la tierra de los cuales mana agua, como en los humanos; la segunda es una percepción de la aurora donde el sujeto se incluye al punto de suponer que él mismo amanece. Esto es contagio del vínculo del árabe con el mundo, coherente con su convicción religiosa explicada; aunque el autor aclara que ello está en la lengua árabe también antes de la islamización. Los hablantes castellanos se impregnarán de esta consideración de la naturaleza, aunque no sean musulmanes.

De este modo de entremezclar sujeto y objeto resulta para los escritores españoles el vínculo entre su poesía y su conciencia de estar poetizando. Esto es claro en Berceo; la asombrosa presencia del sujeto en su obra permitió considerarlo ingenuo. Pero para Castro se trata simplemente de resonancias musulmanas de las que tanto afectaron a los castellanos.

Si era de linaje - o era labrador
non lo diz la leyenda - non so **yo** *sabidor*

Pero Berceo no es musulmán, sino occidental; propios de la catolicidad sus temas, los milagros; su forma, la cuaderna vía tomada de Francia. Castro llama a esto estilo *centaúrico*.

Pasemos al Poema del Cid, que el autor analiza con detenimiento. Para destacar la peculiaridad castellana lo compara insistentemente con La Chanson de Roland, escrita al amparo de monjes, probablemente de Cluny, para exaltar un modelo nacional basado en la autoridad regia y la monacal, y donde la profusión de imágenes visuales busca representar hechos soberbios, ante un público "boquiabierto" invitado no a intervenir, sino a acatar el modelo maravilloso.

El cantar del Mío Cid en cambio es popular en más de un sentido. Lo escribió un juglar, mozárabe seguramente, desde este punto de vista; su protagonista no es un héroe inalcanzable, sino "Rodrigo, el de Vivar", un vecino, un conocido superior a los demás, pero en definitiva imitable.

Rodrigo y otros héroes de la épica castellana, como Bernardo del Carpio o Fernán González, no representan el poder real ni son protegidos de los reyes, sino más bien sus opuestos o incluso sus víctimas, pese la lealtad que les profesan. Actúan con el "consenso del pueblo", consultan "a todos". Se reflejaría en ellos la democracia castellana de las hermandades de labriegos libres y de los concejos de ciudades. "Burgueses y burguesas" de Castilla escucharían apoyados en las ventanas las hazañas de sus abuelos, que también podían realizar ellos mismos mientras hacían retroceder la frontera con los moros. Pero allí oían además sucesos cotidianos no tan heroicos: el Cid yendo a ver sus molinos, atándose las barbas o descubriendo "las entretelas de su corazón", detalles impensables en Roldán o el rey Arturo.

Con este realismo castellano, el juglar y su pueblo se expresan *centaúricamente*, como cuadra a la asimilación cristiano-musulmana. Para describir el alba la Chanson con objetividad dice: *Vint al jur cler* (vino el día claro). Y el Cantar en cambio: *Apriesa cantan los gallos e quieren quebrar albores*, donde la aurora aparece naciendo, en su incoación, como un ser vivo.

En las letras árabes hay expresiones semejantes, sólo que allí los personajes se disuelven en el suceso narrado, como sus héroes más conocidos –Simbad el marino o Alí Baba– "en las peripecias de sus mágicas aventuras" (p. 255). No son personajes novelescos ni dramáticos y por eso, aunque tuvieron héroes históricos como Almanzor [8] tampoco hubo épica, novela ni drama musulmanes.

El Cid se alza como un personaje único, occidental, castellano que existe objetivamente y actúa "con la libertad que el Dios de los cristianos le otorgó" (p. 255). Pero lo peculiar del poema radicaría en esa mezcla del Cid figura literaria con el Cid histórico y tangible, que para el autor expresa el mismo vínculo que el del llover con la persona llovida en la expresión castellana "me llueve" tomada de la cuarta forma de un verbo árabe.

En esta misma dirección, uno de sus hombres le dice a su jefe: *–Mucho vos lo gradesco, Campeador* ***contado***. Insólitamente, se indica así que el héroe cantado por el juglar ya es conocido por los personajes insertos en el cantar, que ya han sido *contadas* sus hazañas antes que el poema fuera escrito; y eso queda registrado en él. Otro tanto y por los mismos

motivos sucede entre la primera y segunda parte del Quijote: pasado *contado* y presente se yuxtaponen.

Obra *centaúrica* es también la del Arcipreste de Hita, al que le place "picar" en distintos sucesos, en amores tan buenos como efímeros, o presentar esa Trotaconventos que "pica" en similares experiencias religiosas. Todo es igual, sin principio ni fin, como el *librete* donde el autor invita a otros a seguir escribiendo: todo arabesco. Árabe el estilo que parece natural de tan moderno, árabe la alegre despreocupación con que siente estas evanescentes realidades [9].

El don Juan hispánico es consecuencia de esta modalidad de vida. Donjuanes hay en todos lados, pero sólo en la España de moros y cristianos algo tan vulgar como enamorar y aburrirse de una mujer tras otra se convierte en tópico literario. Para detenerse literariamente en el amor a una sola se precisó en España, dice Castro, la influencia italiana: un Garcilaso o un Herrera.

A medida que la "desesperación judaica" [10] se hace carne en la vida, la literatura y el clima social que afecta a grandes autores cristianos, como Quevedo, la actitud árabe ante el mundo desaparece. Y si la poesía del judío español Sem Tov propone una terrible concepción del mundo y el hombre, sellado por la nada y por la forma que en España adquirió la inserción social judía, esto pasa a la literatura propiamente española a través de conversos como Mateo Alemán con su Guzmán de Alfarache. La tradición de Castilla, dice Castro, no fue lúgubre ni desesperada entre los siglos XII y XV: en Berceo, Santillana, Manrique. Allí encontramos la grata serenidad ausente en la ascética y picaresca posteriores, que entroncan con Tov o Juan de Mena, donde campean pesimismo y ataques a la vida, desengaño y desesperación.

Aunque también en la lírica y la mística, según nuestro autor, la influencia semita fue importante, nos detendremos aquí sólo en la influencia islámica sobre la plástica española. Pues esa integralidad del arte hispánico, que quiere abarcar todo, observada ya por Vossler y otros autores, encarnaría en obras pictóricas excelsas, como las de El Greco y Velázquez.

Por un lado, el cielo "abierto" y en comunicación con el aquende, representado en *El entierro del conde de Orgaz*, "invita" a contemplarlo, sea desde la perspectiva celeste –el conde ante la Santísima Trinidad–, sea desde el más acá terreno. Por otro, *Las Meninas* o *Las Hilanderas* de Velázquez representan tanto el proceso como la obra terminada y el autor ingresa con su retrato en el cuadro para admirarlo él también. Porque en el primero vemos al artista pintando a los reyes, sólo reflejados en el espejo, y también a quienes en ese mismo momento visitan el taller: la infanta con enana y dama de compañía; un curioso observa todo desde una puerta trasera. Y en el segundo vemos en primer plano las hilanderas que crean un tapiz, pero que en el cuadro allí colgado es admirado, acabado ya, por las damas. Sin duda Velázquez no sería el pintor que fue sin la influencia italiana, pero también su arte es *centaúrico* y esto de italiano, dice el autor, no tiene nada. "La hilandera con sus piernas firmes y desnudas es al tapiz, lo que Rodrigo de Vivar, propietario de los molinos de Ubierna es a 'Mío Cid, que en buena hora ciñó espada'; o lo que el bueno de Alonso Quijano, comedor de lentejas, al caballero de la Triste Figura y al de los leones" (p.604).

España carece de historia canónica

Otras naciones europeas tienen un relato de su historia aceptado por todos, aunque discutan la interpretación de algunos segmentos. No España ni Portugal, que sobreviven a un pasado esplendor en medio de un presente frustrante, escribía Castro en 1948 y 1953. El presente problemático convierte el pasado en puro problema, mientras Francia o Inglaterra lo ven como un venturoso antepresente. Ese antiguo esplendor español se manifestó en las artes y en algunos de sus hombres de valer universal pero ni en ciencia ni menos en política, dice, el espíritu ibérico se mostró creador.

Explica ambas carencias la débil inserción en el entorno concreto. Ese valorar sólo lo misterioso y celeste [11], o las hazañas que conducen a la gloria, deriva en falta de interés por las ciencias, y en que no se hayan imaginado formas políticas y sociales incluyentes de todos, racionalmente insertados en la vida social. Esto convierte al separatismo español –e hispanoamericano– en algo "históricamente normal". El poco interés en el penoso trato con las cosas, la ten-

dencia a esperar que las soluciones lleguen del cielo o de un gran hombre que enderece todo, mientras los individuos se *encastillan* en su persona, todo eso se acentuó a partir del siglo XVII, cuando los españoles empezaron a sentir fuertemente la inanidad de sus realizaciones concretas. No se sintieron a gusto con la realidad forjada en medio de esta convivencia forzosa y mal resuelta. Por eso "viven desviviéndose": su historiografía y existencia son como un río que se preguntara si sus aguas discurren por donde debieran, dice don Américo.

Estas líneas de la historia de España se dispersan en pinceladas por todo el libro. En la conquista de América motivaron el absurdo duelo entre la conquista político-militar, destacada por un López de Gómara, y la religiosa, encarecida por un Bartolomé de las Casas (converso para nuestro autor [12]). Carlos III fue así un príncipe ilustrado cuyas reformas racionales fueron infructuosas, porque no hallaron suelo donde arraigar. Durante la invasión napoleónica los afrancesados prolongan la línea de Sancho de Navarra y los guerrilleros la lucha integral de un Bernardo del Carpio. Mientras en la Guerra Civil se enfrentaron para el autor dos tipos de religiosidad: la petrificada y encastillada en el pasado de las clases altas y de la Iglesia, con la anarquista, combinación del *me da la gana* español con un sueño utópico de felicidad universal, sin que ninguno de los bandos se planteara cómo construir una cultura racional o una prosperidad pacífica.

Mezquita de Córdoba
... infinitas columnas ...

Pero si en algún momento de su historia España lo hubiera hecho, ¿habría creado algo de lo universal que creó? Nada, contesta rotundamente Castro.

❖ ❖ ❖

En España hubo pensadores, que siempre vivieron, afirma, en medio de la soledad y la incomprensión. Ese fue también el destino de nuestro autor y de sus libros, incomprensiblemente olvidados en Argentina donde vivió, enseñó y publicó, o en España donde se formó, participó en política y murió. Sus tesis no son gratas para los nacionalistas, por lo general clericales afectos a la Iglesia contrarreformista, incómodos con las tesis de Castro sobre el tenor de la religiosidad española. Tampoco para los liberales –sus cofrades republicanos españoles– ya que debe fastidiarles la falta del esquema "progresismo ilustrado versus reacción de ignorantes y clérigos", que él explícitamente desecha. Y lo que parece molestar a todos ellos es esa exposición pensada, rumiada –tan rara en nuestra historiografía–, que siempre abre ventanas al pensamiento, aunque no se compartan todas sus tesis.

Negar al pasado premusulmán algún papel en la historia posterior parece demasiado rotundo. ¿Cualquier pueblo se hubiera propuesto con la porfía de los astur-leoneses no sucumbir ante el arrollador avance moro? ¿No hay algo anterior al contacto con los islamitas cristalizado en tan tenaz y heroica defensa? La única crítica interesante de Sánchez Albornoz a Castro es la que le reprocha considerar el sustrato persa para explicar la modalidad islámico-iraní, pero no el romano visigótico para España.

Tampoco compartimos su idea de que el suelo patrio sea tan irrelevante para el quehacer humano o que, habida cuenta de la tradición heroica occidental, los castellanos necesitaran tanto del modelo de Almanzor.

Lo siempre rescatable es su planteo global, su idea de que no es información lo que falta, sino interpretarla en el contexto que nos permite entender su significado. No es lo mismo, dice, que los judíos manejen la economía del reino de España en el siglo XIV, a que hoy haya ministros judíos en países fundados en normas racionales que políticamente sostienen a creyentes y no creyentes. Ni la influencia árabe en el Arcipreste de Hita que en la Divina Comedia; los

italianos no sentían a los árabes como una "astilla" en su cuerpo. Entender esas distinciones es la tarea del historiador.

También el autor padece de ese *vivir desviviéndose* que tanto lo preocupa. Quiere y no quiere el conocimiento y la organización política racional para su patria, ya que por su carencia explica a la vez la ruina de España y sus mayores logros artísticos.

No encontramos en su obra ni el humor transparente de un Ganivet ni el más incisivo de un Galdós; la de él es una obra densa y como acongojada, aunque entre estos autores haya una napa subterránea común. Don Américo añora la grata serenidad de las Serranillas o los Milagros de Nuestra Señora, pero su obra no la recoge. Podría pensarse así, en sintonía con sus ideas, que también él sea un converso. Pero como según sus tesis, este espíritu afectó a muchos cristianos españoles, quizás sea no más que un contagiado. No tanto por su estilo como por su insistencia en el origen judío o converso de españoles notorios, sus detractores *derechistas* lo acusan por cierto de cristiano nuevo. Sin embargo de sus ideas, no de ningún dato preciso, inducimos que no se trata de uno de ellos. En todo caso, como cristianos, esa contagiada insistencia en la sangre no nos concierne demasiado.

Su tema es España; a América la observa desde su patria, con cierta reticencia. Creo que no encuentra en nuestros países especificidad interesante. Por sus circunstancias vitales: liberal republicano exiliado del gobierno franquista (aunque no hasta el final), se trató en América –en Argentina al menos– con liberales, antiespañoles por sus ideas justamente. Quizás esto explique su actitud para con nosotros.

Refractario al personalismo religioso o político, critica aquello de esperar todo del cielo y de Santiago, o de un hombre providencial que guíe y saque del marasmo; por eso no entendió el peronismo que asimila, en otras obras, a un caudillismo vulgar.

Pero nosotros podemos tomar distancia, luego de su lección de historia, y pensar nuestra propia realidad.

Echemos primero una mirada al mundo. Desde su punto de vista sobre el credo musulmán o la modalidad vital islámica y judía, valdría la pena considerar la guerra desatada hoy entre esos pueblos semitas. ¿Y por qué no la delación operante a altísimos niveles de la conducción política y mediática, o la corrosiva e infértil ética social esgrimida críticamente tanto a la derecha como a la izquierda del arco político?

Respecto de nuestra América, podemos decir que a estas playas llegó el "alma indómita" de Castilla. Pero la "mesura heredada" de los moradores de la *Esparta celtíbera* no llegó sola, sino con adherencias sumadas por los siglos. Podría haber sido un nuevo comienzo, libre del peso de los "cientos de miles de tratados ascéticos" y sobretodo de sus conversos o contagiados autores. Quizás muchos conquistadores y colonizadores lo anhelaron. Pero parte de ese peso llegó, aunque América se libró de varios lastres.

Los hombres indómitos y austeramente democráticos de la independencia americana, con todas sus contradicciones, rememoran aquellos Cides, Fernandos y Sanchos, porque también los nuestros lucharon por un nuevo comienzo, que se desprendiera del anquilosamiento, pero no de lo más profundo de la vida hispana: su lengua y su coraje.

Vista desde nuestro historiador, la cultura de nuestra América hoy, la de todo el mundo hispánico, presenta duros desafíos. Si la unidad lingüística es indispensable para consolidar el poder político y las naciones, el actual ataque desde ambos lados del Atlántico contra el castellano, a pesar de su creciente expansión, parece un suicidio.

El separatismo, en nuestros países, según Castro "históricamente normal", es hoy propiciado tanto por la Iglesia, como por los gobiernos agnósticos progresistas, con mayor o menor fuerza volcados a un indigenismo eticista antihistórico y por eso sin ninguna expectativa creadora. Que recibe por cierto todo el apoyo de la corona, o de los diversos gobiernos españoles y su *pacífica prosperidad*, tan estéril como por lo general nuestro autor la supuso.

La España de hoy, a pesar o a causa de su riqueza, no recuperó su genio ni adquirió otros, como el político o científico, tan añorados por Castro. Pero queda en pie el enigma de si nuestra América es simplemente un epígono de Europa, a través de España, o

si representa un nuevo comienzo, con sus mejores hombres a la espera de un auténtico destino.

Por mejor resolver este dilema volvemos los ojos a aquella Castilla primigenia que se levantó con su alma espartana como mejor escudo. O a la magnífica literatura que la cantó en nuestra lengua. Sin ese doble legado ancestral sería imposible, entre otras cosas, escribir respecto de nosotros un libro a la altura del comentado.

Por fin, no estaría mal imitar a los españoles contemporáneos, olvidados hoy, que en medio de terribles penurias de su patria lucharon por ella, erigiendo en medio de un páramo de incultura las banderas del pensamiento y la belleza. Imitarlos y aplicar sus enseñanzas a nuestras patrias y nuestro presente.

G. M.

NOTAS

[1] Américo Castro nació en Brasil, de padres españoles, en 1885 y murió en España en 1973. Fue embajador del gobierno republicano español ante Alemania y profesor en España, EE.UU. y Argentina, donde se lo ha olvidado casi por completo. Sus libros más importantes son *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires 1948 (citamos por la 2ª ed. Madrid, Crítica 1983) y *La realidad histórica de España,* México, Porrúa 1953. Nos atenemos en especial a las tesis del primero, casi todas corroboradas en el segundo.

[2] Cristo llama a los hijos del Zebedeo *Boanerges* (Mc. 3. 17), hijos del trueno, o sea, según C., *dios kuroi*. Pero no les permite bajar fuego del cielo (Lc. 9. 54) como "exigen" al apóstol esos cristianos del norte de España.

[3] Había monasterios cluniacenses desde el siglo X en Cataluña, ligada política y religiosamente a Francia, más que a la península. Sancho invita a los monjes a Navarra por donde pasaba el camino a Santiago hacia Castilla y León.

[4] Los cronistas se admiraban en Perú de que en el incario no hubiera pobres. ¡Y vaya si los había! Pero por Castro podemos inducir que lo que extrañaba a los cronistas era la inexistencia de *vagamundos* precisamente.

[5] El antipapa Luna, apoyado por los conversos destacados, convocó Conferencia en Tortosa, 1423, para tratar la oposición cristianismo-judaísmo. Asistieron catorce rabinos; voz cantante de la Iglesia fue Jerónimo de Santa Fe, quien "Talmud en mano" deshizo las proposiciones judías. Sólo dos rabinos persistieron en su postura. Los otros doce se convirtieron (¿a qué?), y engrosaron, eso sí, el número de inquisidores (p. 527).

[6] J. de Santa Fe fue autor de *Azote de los hebreos*. Amador de los Ríos (cit. en p. 527) dice que sólo pudo escribirse semejante obra pensando en el exterminio de los judíos.

[7] ¿Acaso no pasó también otro tanto en América dentro de las tan propagandeadas *misiones jesuíticas*?

[8] Almanzor fue para el autor el último caudillo musulmán con visión política. De haber habido otros el Islam no habría entrado en un cono de sombra que casi lo hizo desaparecer, dice C., claro que en 1948. Lo mismo le hubiera pasado a España de no ser por Castilla que sumó a su *alma indómita* la iniciativa política musulmana; mientras Galicia tomó más bien la confusión entre lo celeste y lo terrestre, que la llevó a una teocracia y se supone que también a su irrelevancia política.

[9] En cambio los ascetas del siglo XVI se enojaban, dice el autor, contra la vanidad del mundo: "No hay embaucador semejante al mundo; no hay nigromántico tan sutil que así forme en el aire torres de viento y figuras hermosísimas... Todo camina con cautela y engaño: todo va fundado sobre falso... Cuando no hubiera en el mundo otra cosa sino esta fiera de la muerte, que tan suelta, libre y cruel anda, no dejando ramo verde, ni fuente clara y pura que no corte y enturbie..." (Alonso de Cabrera, cit. en p. 427 n. 92). Entre el Arcipreste y este asceta se ha oscurecido la percepción del mundo.

[10] Semejante a la *conciencia desdichada* de Hegel.

[11] Como el cielo está abierto para todos, en este mundo no puede haber tantas diferencias, firme creencia base del "popularismo democrático" español, y única democracia que el español entendió, porque la de los derechos humanos "nunca le entró en la cabeza" (p. 563). ¿Qué continuidad habrá entre esto y el juez Garzón?

[12] Ver *Fray Bartolomé de las Casas o Casaus,* en su *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid, Alianza/Alfaguara 1974, pp. 190-227.

La situación ecuatoriana

RAFAEL CORREA Y LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Lamentablemente con el advenimiento de Correa la situación política del Ecuador, en el fondo, no ha variado nada. Discursos van, discursos vienen, pero no ha logrado perfilar un pensamiento claro o discriminatorio frente al sistema; al contrario, confunde y obnubila el camino para configurar un pensamiento verdaderamente crítico; especialmente con su enfilamiento al *Socialismo del Siglo XXI* [1], que ni siquiera en tierras venezolanas se ha plasmado como una cosmovisión consistente y aglutinadora.

La principal consecuencia de esta carencia de una verdadera filosofía política le ha conducido a llenar este vacío con un sustituto, que no deja de pertenecer a una de las distintas formalidades o alternativas en las que se apoya el estado liberal de derecho para corregir sus crisis. Estamos hablando de la instalación de la Asamblea Constituyente, convertida en el Ecuador en el eje de toda la discusión política, pero que a nuestro entender no conducirá a ninguna solución, ya que el problema no es sólo de representación, sino de mayor significación o sustancia.

El triunfo mayoritario logrado por Correa en el plebiscito (83% de aceptación) sobre el llamado o no a la Asamblea Constituyente, evidenció el agotamiento del modelo neoliberal en el Ecuador, por medio del rechazo general a la representación de los partidos políticos, pero también el deterioro del movimiento indígena y, en mayor medida, la escasísima importancia del movimiento obrero.

Frente a este desgaste de los tradicionales órganos que acaparaban la representatividad, emerge como nuevo sujeto político la clase media, especialmente la de la Capital, que demostró su poder en las "jornadas de abril" del 2005, aquéllas que condujeron a la destitución del coronel Gutiérrez. Este hecho permite a tal sector tomar conciencia de su rol político, pero la falta de cohesión o de un líder que las agrupe hace que esta corriente se diluya mediante la composición de un abanico sociopolítico, más conocido como *movimientos ciudadanos*, que será la columna vertebral o la razón de ser de la Constituyente.

Y es justamente esta circunstancia lo preocupante, porque el sustrato de la crítica de estos movimientos no es de carácter político o ideológico, de cambios estructurales, sino que su fundamento está en la ética o en la moral, disimulado bajo el discurso de la estabilidad. No hay un enjuiciamiento al sistema político o al modelo económico neoliberal, sino sólo al modo en que ha sido manejada la *cosa pública*, mediante la corrupción secular de las diferentes élites; jamás a la forma en que se articula el Poder. Un ejemplo claro es su rechazo a abandonar la dolarización, porque esto traería en lo inmediato alguna inestabilidad, cuando es propiamente este modelo monetario el que provocó mayor pobreza, desigualdad y destrucción de los vínculos familiares mediante el fenómeno de la migración.

Una vez más inquieta que este vaciamiento de lo político sea promovido de alguna manera por Correa, cuando, por el afán de lograr una amplia legitimización de su gobierno, acoge sin beneficio de inventario todas las demandas de la mayoría de estos movimientos. Este proceso de despolitización encarnado en la Asamblea será muy difícil de revertir, a pesar de las previsiones según las cuales los movimientos afines al gobierno lograrán la mayoría, porque el eticismo no se verá mermado en los nuevos escenarios que están por gestarse.

Esta es la incógnita sobre el gobierno de Correa, o bien jugarse de veras por un cambio estructural del Estado, una alteración de las relaciones de poder, mediante confrontación real con los grupos fi-

[1] Sus principales ideólogos son dos marxistas de corte extremadamente iluminista: la chilena Marta Harnecker y el alemán Heinz Dieterich.

nancieros, los medios de comunicación y demás instancias de verdadero poder, o bien continuar con el apoyo tácito al proceso de neutralización de lo político que clausurará definitivamente toda posibilidad histórica viable, ya que este proceso es el que más contribuye a *que todo se mueva pero nada cambie* y se mantenga de esta manera el modelo liberal.

La apuesta de Correa por la Asamblea es de una trascendencia enorme para el futuro del país, pero sus contradicciones constantes –por esa falta de claridad sobre el acto fundacional en que inscribir su accionar o praxis política, llamada por Disandro *operatio estética*– han acarreado graves dudas sobre si está a la altura de la favorable coyuntura político-económica actual y sobre si ciertamente nos conducirá hacia la tan ansiada Independencia. Ojalá nos equivoquemos y esta Asamblea sea la "piedra fundamental" para la edificación del Estado ecuatoriano libre y soberano.

Francisco de la Torre
Tumbaco, agosto de 2007

CIELOS ABIERTOS: ACTIVIDADES ACADEMICAS

Además de la presentación de los números de EL PAMPERO AMERICANO, nuestro órgano de combate (publicado regularmente a razón de dos cada año), CIELOS ABIERTOS organizó en ***2006*** *un* **Ciclo de Cultura Política** *en las fechas y con los disertantes que siguen:*

- 28 de octubre: ***Inmortalidad del alma y perduración política en la antigua Grecia***, por el Lic. Arnaldo C. Rossi.
- 11 de noviembre: ***Delitos de lesa humanidad y soberanía nacional***, por el Dr. Jorge Vispo.
- 25 de noviembre: ***Franciscanos en América. La república de indios en el siglo XVI***, por la Lic. Silvia G. de Rossi.

- En **2007** nuestro director dictó a lo largo de setiembre, en casa de un dilecto amigo, un breve cursillo de ***Introducción a la semántica.***
- Y por invitación del Instituto Juan Manuel de Rosas de Buenos Aires participó de un ciclo organizado en su sede, disertando el 13 de ese mismo mes sobre ***Carlos Disandro, pensador americano.***

EN PRENSA: ***Platón, Apología de Sócrates***, texto griego con traducción, comentario corrido, notas y apéndices de Arnaldo C. Rossi

De las publicaciones recibidas:

- *Ciudad de los Césares* Nº 79, mayo 2007, Casilla 16480, Correo 9, Santiago, Chile. Su artículo inicial hace una sobria revisión, desde perspectivas gratas a El Pampero Americano, de los actuales regímenes de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina, Chile. En líneas generales cree advertir en ellos la caducidad de las viejas tesituras liberales y una cierta tendencia, no sin contradicciones, hacia el cesarismo democrático. Imperdible e irónico análisis de la última reunión de Davos y buen panorama de la situación italiana, donde la izquierda globalizante ha vuelto al poder.

- *Empresas Políticas*, Nº 4 a 8, Campus de Espinardo, Universidad de Murcia, Murcia E-30100 España. Voluminosa revista académica de doctrina político-jurídica que no desdeña la consideración de autores habitualmente tenidos por "incorrectos", como Carl Schmitt, Donoso Cortés o Saavedra Fajardo. Abundantes reseñas.

- *Behemot* Nº 41, Via degli Scialojo, 600196 Roma, Italia. También interesada en el análisis histórico-jurídico-doctrinario, dedica este número a la teología política. Se refieren, como siempre, a ideas de Carl Schmitt, pero también de Leo Strauss, Edward Gibbon, etc. Cuidadas reseñas.

***-Lectures Françaises*,** SA D.P.F., B.P. 1, 86190 Chiré-enMontreuil, Francia. Esta revista, fundada por el recordado Henry Coston, da a conocer en su Nº 601/602 un recomendable examen de nuestro conocido Pascal Bernardin, que prudentemente previene sobre la manipulación mundialista de la ecología.

-Lecture et Tradition, misma dirección que la anterior. Se dedica últimamente sobre todo al examen de literatura tradicionalista católica de reciente publicación en Francia y a contestar los ataques que ella recibe desde insólitos frentes.

- *La Reconquista*, calle Montevideo 641, 1018 Buenos Aires. Ligado con el Instituto Juan Manuel de Rosas, este boletín juvenil considera brevemente en su Nº 5 diversos problemas históricos, en la línea revisionista de la historia argentina, y consagra una simpática nota a la recordación de José I. Rucci, inolvidable compañero.

- *B.I. Balkans Infos*, Cap 8, BP391, 75869 Paris codex 18. El Nº 125 de octubre de este mensuario, orientado al desenmascaramiento de la ladera uni-polar del mundialismo y de sus iniciativas criminales, aporta además como siempre interesante información sobre los países de Europa del Este.

- *Orthodox Tradition*, St. Gregory Palamas Monastery, Post Office Box 398, Etna CA96.027-0398 U.S.A. Los tres números que cada año publica esta comunidad de la Iglesia Ortodoxa Griega, seguidora del Viejo Calendario, traen como es habitual estimulantes reflexiones sobre los padres de la Iglesia y sobre literatura contemporánea con acertadas o falsas preocupaciones religiosas.

- *Einsicht. Römisch-Katolische Zeitschrift*. Su número de octubre 2007 contiene fundamentales artículos sobre el Motu Propio de Ratzinger sobre la Misa, siempre orientados, en la línea del sedevacantismo, a desentrañar ciertos errores «tradicionalistas». O la sinuosa política religiosa de la Fraternidad San Pío X, que su director, Dr. Eberhard Heller, conoce por dolorosa experiencia. El Nº de diciembre de 2006 trajo de él en cambio una dramática nota sobre la situación actual de la Iglesia que merecería tratamiento pormenorizado, aquí imposible.

EL PAMPERO
a m e r i c a n o

es una publicación de ***Ediciones Cielos Abiertos***

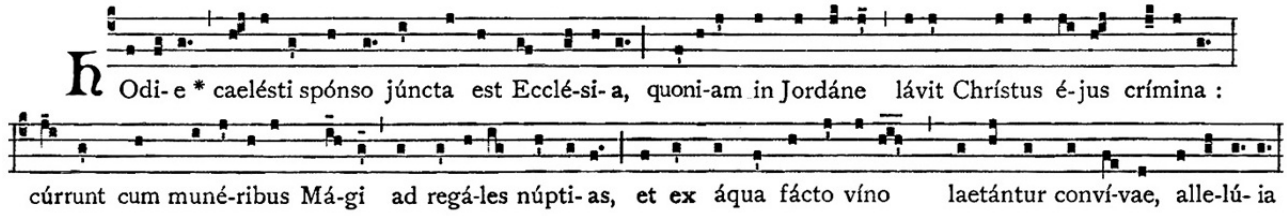
director: Arnaldo C. Rossi

e-mail: pampeamericano@yahoo.com.ar

Correspondencia y Canje a:
Mail and Exchange to:

A. C. Rossi
Casilla de Correo 107
1426 Buenos Aires, Argentina

EPIFANIA



(Hoy quedó unida la Iglesia con el esposo celeste, porque en el Jordán lavó Cristo los crímenes de ella: corren con regalos los Magos a las nupcias regias, y con vino hecho con agua se alegran los convidados, aleluya.)

Entre nosotros la fiesta litúrgica del 6 de enero sólo es referida por lo general a los reyes magos del Oriente, representantes sin embargo de todos los gentiles, mientras la importancia de la fiesta disminuye constantemente en nuestra consideración.

En la tradición en cambio esa importancia se empareja con la de Navidad, Resurrección o Pentecostés. Constituye como ellas la cabeza de un ciclo propio dentro de la liturgia. Y bajo su nombre, *epifanía*, no sólo comprende la adoración de los reyes, sino sobre todo el bautismo de Nuestro Señor en el Jordán, además de la conmemoración de las bodas de Caná.

¿Pero qué es lo que permite ligar acontecimientos aparentemente tan dispares? Al descender a las aguas bautismales lo que Cristo purificó no fue su propia condición humana, que no necesitaba de eso, sino la entera humanidad, representada e insumida en la suya. Y pudo darse por eso a continuación el momento manifestativo, *epifánico* pues, en que los cielos se abrieron y quedaron ostensibles para nosotros sus nupcias con la tierra, la de Dios Trino con la Iglesia, la del Señor con la humanidad redimida por su baño prenupcial en las bautismales aguas jordánicas.

Se trata sin embargo de una bodas reales. Pues de la condición de El no caben dudas; la realeza le corresponde por su mismo ser. Pero dudas tampoco caben acerca de la condición regia de ella, porque la humanidad, plebeya desde su caída, la recibe de su purificativa inmersión en las aguas. Y de la subsiguiente manifestación del *pneuma* que –ligado al agua como en los orígenes del mundo– presentándose a modo de paloma genera una nueva e inderogable creación.

Pero como rey y reina son los que se casan, es congruente que reyes de remotas comarcas acudan con sus dones misteriosos a la celebración festiva. Y claro que los convidados deben también ser regia y misteriosamente atendidos; por eso las aguas purificativas son –como en Caná– transformadas en vino, prenda de la transfiguración eucarística donde se inicia, donde somos ya iniciados en el banquete nupcial definitivo.

Ya en el *mythos* y en la poesía habían contemplado los griegos a su modo, con exultante fervor inspiratorio, conciliadoras nupcias divino-humanas donde presentían el origen y el destino absolutos del hombre. Y el poeta litúrgico que compuso la belleza semántico-musical de la antífona, cabeza de esta página, es deudor de místicos trasfondos, aquí apenas insinuados, que la Iglesia milenaria reconoció haciéndole lugar en *laudes* del oficio de esta fiesta sublime.

LUIS COCE †

Amigo entrañable, falleció el pasado 5 de octubre. A través de largos y penosos años mantuvo, en medio de contradicciones terribles, obstinada fidelidad a los ideales de la vieja Hostería. Participó con disciplina fervorosa en las actividades de los Institutos de Cultura Clásica de La Plata y de Buenos Aires y le dio a éste asilo en su taller. A través de una creciente austeridad, fue orientando callada y pacientemente su vida al estudio del latín y el año litúrgico y al aprendizaje de la oración y la música, unidos en la belleza del canto gregoriano. Alentó y acompañó hasta el fin nuestros modestos empeños; recordarlo nos compromete. En sus últimos meses entonar la antífona precedente fue para él una alegría conmovedora. Que Dios Trino y Paterno lo cobije en el taller de su seno melodioso.

Para orientarnos

I - *El frente güelfo*

– A confesión de parte...

El "cardenal" Rodríguez Madariaga, arzobispo de Tegucigalpa, Honduras, resumió con contundencia las conclusiones "teológicas" del Celam en Aparecida: "No hay cambios en la casa, dijo (*Nación* 24/5. p 15), sino que **hemos cambiado de casa**". Nosotros preferimos en cambio no mudarnos. Sobre todo si la mudanza exige que nos pleguemos, como el episcopado y el clero de la nueva iglesia vaticana, a las exigencias ecumenistas del mundialismo global-invasor.

– Las nuevas liberaciones

Sergio Torres, sacerdote y "teólogo" chileno, referente del grupo Amerindia, conciliatoriamente invitado por el episcopado a la reunión de Aparecida para que le sirviera de asesor, señaló (*Nación* 22/5, p 11) que la teología de la liberación, por él representada, ya no tiene en su horizonte el socialismo, sino la liberación feminista, india, afroamericana y ecológica. En suma, la revolución cultural.

– Ratzinger es bueno, pero ¡qué malos los que lo rodean!

Eso lo que en substancia dejó Monseñor Fellay, actual superior de los lefebvristas, a la opinión pública de Buenos Aires (*Nación* 27/8, p 9), tesis inveteradamente esgrimida por cuantos pretenden arrojar un espeso manto de esquizofrenia sobre la limpia evidencia de los hechos.

II - *La política americana*

– ¿Dónde ha quedado Bolívar?

Ya en páginas 2 a 5 advertimos, como otras veces, sobre las importantes iniciativas económico-políticas del presidente venezolano. Eso no impide reconocer el estrechamiento ideológico en que cae y con el que contribuye a confundir semánticamente tanto a su pueblo como a los americanos que observan con simpatía su supuesto "bolivarismo". Pues con su tesitura indigenista, pudo Chávez tildar a Colón de "Anticristo" (*Nación* 18/9, p 4), hablar de la conquista española como de un holocausto (*id*. 20/5 p 2) o sumarse al odio de Bartolomé de Las Casas contra ella y el Estado. Con su variante "socialista", lamentar, ¡en Rusia!, la caída de la URSS o encarecer una vuelta a Lenín (*id*. 29/6, p 3). Con sus planteos religiosos, sumarse –como presumimos en nuestro Nº 15, p 11– a la teología de la liberación (*ibid*. 23/7, p 4). Pero claro que no es posible tener éstos y otros pormenores por meros detalles, cuya suma, como en el viejo sofisma griego, nunca llegue a formar un montón.

– "Tradicionalismo" a lo Urquiza...

Que Eduardo Duhalde eligiera en Buenos Aires la Universidad –jesuita– del Salvador para presentar un libro suyo, y que se lo dé por tan próximo al "cardenal" Bergoglio –como por azar, jesuita también– (*Nación* 20/9, p 8), da pautas sobre cómo entender la reconstrucción del Partido Justicialista a la que el ex presidente pretende dedicarse a partir de diciembre.

– Y "progresismo" a lo Mitre...

En la Universidad de Nueva York, Cristina K. abogó, junto al juez Garzón, por un "sistema penal global", sustraído a los Estados nacionales, por supuesto (*Nación* 25/9, p 6). Si a esto añadimos, por ejemplo, su promesa a un *lobby* judío caraqueño de alzar la voz (id. 4/5, p 11) "ante cualquier signo antisemita" en América; su identificación con "la Evita del puño crispado" (*Clarín* 27/7, p 8) o su entrevista en Madrid con el gorila Francisco Ayala, repugnante difusor de obscenidades contra Evita precisamente (*Nación* 23/7, p 6), es legítimo preguntarse qué quedará en su gobierno para la soberanía de la nación argentina o para impulsar algo de *Tercera Posición* dentro de la Comunidad Sudamericana de Naciones. (Ver algunos imperdibles *lobbies* a los que ella pertenece en *The Wall Street Americas*; *Nación* 3/7, 2ª Sec. p 6).

– ¡Ahora sí, gori-wiese-lungos! (= gorilas + colaboradores vocacionales de S. Wiesenthal + nibelungos)

¡Por fin abrió Al-Jazeera corresponsalía en Buenos Aires! Salvo que con pormenores (*Nación* 17/10, p 13) como para terminar de perfilar a los irremediables gansos que siguen aquí creyendo en Al-Qaeda y su telemediática promotora.